



DEBATE SOBRE EL ABORTO

El teléfono rosa

Durante tres años acompañé a mujeres que tenían que abortar enseñándoles el procedimiento y dándoles contención. La experiencia atravesó mi vida.

8 de junio de 2018

por **BÁRBARA CORNELI**

Quinto texto de una serie de notas que cuentan diversas experiencias sobre aborto en la voz de personas que vivieron en carne propia o que acompañaron como parejas o amigxs. Todas las historias son reales.

Esa tarde nos juntamos en una heladería porque hacía demasiado frío como para ir a una plaza, donde usualmente hacíamos los encuentros. Siempre eran en espacios públicos porque queríamos sacarle a la situación el peso de la clandestinidad. Hacer las reuniones en cualquier ambiente público tenía como intención compartir nuestra afirmación de que los abortos son una experiencia más de la vida y, como tales, se podían discutir en cualquier sitio. Solíamos elegir heladerías porque ahí no había mozos que debieran atender la mesa y eso nos permitía charlar tranquilas.

En ese encuentro fuimos seis. Dos socorristas y cuatro chicas que necesitaban interrumpir sus embarazos. En general, las reuniones no superaban esa cantidad porque una socorrista acompaña hasta dos chicas en simultáneo para atender mejor cada caso. A lo sumo, a veces, venían acompañadas de parejas, madres o incluso hijos, pero casi siempre lo hacían solas. Mientras charlábamos y les contábamos el procedimiento, una empleada iba y venía levantando vasitos de pasta abandonados y pasándole un trapo a los restos de helado pegados en la mesa. Sabía lo que hacíamos y por eso se comportaba distinto, con una complicidad implícita que la hacía acercarse a las mesas aleañas con sutileza, como intentando no interrumpir. Nosotras teníamos los folletos desparramados en los que se veían dibujos de toallitas con sangre que servían de parámetro para que las chicas pudieran dimensionar, durante el proceso, cuánta sangre era normal y cuánta era una hemorragia. Hablábamos en voz alta diciendo palabras como aborto, embrión, feto y procedimiento. Queríamos que quedara claro que no había que sentir vergüenza ni ocultarse por lo que estábamos haciendo.



"Todas las chicas que acompañé siempre tuvieron la decisión muy resuelta porque sabían con certeza que no querían ser madres en ese momento". (Ilustración: Damián Lluvero)

Como en cada encuentro, ese día les fuimos explicando en qué consistía un aborto con pastillas de misoprostol, contestamos sus preguntas y escuchamos sus historias. Todas habían llegado ahí por llamar a nuestro teléfono rosa, un celular que nos íbamos pasando entre nosotras semanalmente. Cuando le tocaba a la siguiente hacer la guardia telefónica, la anterior le daba el celular y un cuaderno donde se iban registrando los llamados y en qué situación había quedado esa comunicación. Esa tarde, luego de completar las planillas de registro interno con la información de cada una, charlamos el día y horario en el que cada una quería llevar a cabo el procedimiento. Era importante que esa fecha fuera consensuada con nosotras porque si lo hacían en algún momento en el que no estábamos disponibles, no podríamos acompañarlas. Y ahí entraba la charla sobre la importancia de que tuviéramos un diálogo fluido. El acompañamiento luego de ese encuentro sería de forma telefónica, así que debíamos saber en qué etapa estaban, cómo se iban sintiendo y qué estaba pasando para saber cómo responder y actuar. Les insistimos, como siempre, en que lo hicieran acompañadas de gente que pudiera entenderlas y contenerlas. Después de casi dos horas de reunión intercambiamos los teléfonos con las chicas que íbamos acompañar cada una y algo que nunca había visto antes en los encuentros sucedió: dos de las pibas se pasaron sus números entre ellas para seguir comunicadas y acompañarse cada una en la experiencia. Que aún con el peso de su propia situación ellas quisieran acompañar a la otra, me pareció un acto de compañerismo que aún hoy me conmueve.

De eso se trata el socorro. De acompañar a otra con la que no tenés ningún vínculo ni afinidad, de entenderla sin juzgarla y hacer que no se sienta sola mientras atraviesa esa experiencia de la cual quiere salir lo más pronto posible. También se trata de quitarle el aspecto traumático a la práctica porque en realidad lo tremendo no es necesitar hacerse un aborto, sino que la sociedad lo haga parecer como un acto atroz del cual hay que avergonzarse.

Yo nunca aborté pero durante tres años acompañé a mujeres que sí lo hicieron desde mi rol de socorrista. Conocí [Socorristas en Red](#) a través del periodismo. En 2013 hacía un programa feminista en la radio comunitaria de La Plata y en una oportunidad las entrevistamos a ellas. Era el primer año de actividad del colectivo en mi ciudad y yo, pese a que llevaba varios años de militancia y de lectura sobre corrientes de pensamiento en la facultad, sabía poco y nada sobre el aborto. Académicamente el tema no se tocaba y por fuera de ahí, muchísimo menos. Yo no había participado en ningún partido político u organización social antes pero con ellas me sentí identificada inmediatamente. Tenían un accionar alegre y pasional que yo no había visto en otro lado. Ellas acompañaban en situaciones complicadas pero se las veía contentas y poderosas. Pensé: "hay algo muy verdadero en lo que ellas hacen como para sentirse tan seguras por las calles".

Desde el primer momento supe que ser socorrista iba a atravesar mi vida por completo. La clandestinidad pasó a tener límites difusos porque el aborto era un tema cotidiano para mí. Me expuse infinidad de veces por estos vínculos en los cuales creía sin temerle a ninguna consecuencia porque ya ni siquiera las tenía presentes. Para mí el aborto no debía, ni debe ser ilegal y yo actuaba según esa idea. Me expuse en mi trabajo y con mis amigos, que en algunos casos no podían entender que me arriesgara tanto por mujeres que no conocía. Estuve en situaciones de muchísima violencia institucional por parte de efectivos de la salud que en vez de auxiliarnos cuando teníamos alguna situación compleja nos recordaban de los peores modos que esa práctica iba en contra de las normas.

El aborto es algo que transcurre mientras el mundo sigue girando. Parte del acompañar es aceptar esto para poder transcurrir con nuestras vidas mientras tanto. Al principio era difícil no estar pendiente del teléfono todo el tiempo, chequeando tener señal o suficiente batería. Me costaba concentrarme en el trabajo, no podía disfrutar una cerveza con mis amigos. Mientras todos reían a carcajadas con una anécdota, mi mente gritaba "¿cómo no estamos hablando de la cantidad de mujeres que están abortando en este momento?". En muchas ocasiones me sentí muy sola y con el tiempo y la práctica aprendí a tejer mis propias redes de contención, tanto dentro del grupo de socorristas como por fuera. Nosotras estábamos capacitadas desde la intención pero muchas veces eso no era suficiente y nuestra sensibilidad se cruzaba en la práctica y había que canalizar de manera terapéutica. Pese a todas mis experiencias y mi entrenamiento todavía hoy hay una parte de mí, una neurona atenta, que está pensando todo el tiempo en la piba que ahora se está haciendo un aborto.

En mi experiencia comprendí la fortaleza que tienen las mujeres y su poder de autogestión. Todas las chicas que acompañé siempre tuvieron la decisión muy resuelta porque sabían con certeza que no querían ser madres en ese momento. Y saber lo que no querés siempre es mucho más fácil que saber lo que sí querés. Ese poder resolutivo les daba una energía aparte para conseguirse las pastillas y afrontar la violencia que la sociedad ejerce sobre su decisión.

En esos tres años acompañando aprendí la importancia de tejer redes y entendí que las mujeres vivimos armándonos de este tejido invisible que el mundo no puede ver. Son redes continuas e infinitas que se traducen en una chica que termina su proceso y dona el misoprostol que le sobra para que otra pueda usarlo. Es que le acrediten saldo al teléfono rosa porque saben que otra puede necesitar un llamado de las socorristas. Las redes también son aportar el contacto de un profesional médico, una institución o una guardia en la que se pueda confiar.

Hoy ese tejido de red es cada vez más visible, sus hilos están tomando otro color y ese color es verde.

(Texto redactado Gala Décima Kozameh en base a una entrevista.)

Otros testimonios:

"[Salir al ring](#)", por Milagros Nikitchuk
 "[Quiero terminar con todo esto](#)", por Ana Correa
 "[Cada día fue una pesadilla](#)", por Paulina Faccini
 "[El silencio acaparó mi vida](#)", por Mercedes Romero
 "[Ahora o nunca](#)", por Gonzalo León

BÁRBARA CORNELI

Bárbara Corneli tiene 33 años. Es comunicadora feminista y acompañó a mujeres a abortar durante casi tres años. En Twitter es [@bbarbiturica](#).

BÁRBARA CORNELI GALA DÉCIMA KOZAMEH ABORTO DESPENALIZACIÓN DEL ABORTO

Compartí esta nota en [Facebook](#) [Twitter](#)

Qué es La Agenda